

El estreno de Granaderos

(1813)

I

Con las primeras luces de la mañana del 3 de febrero de 1813 subía una ligera columna expedicionaria desprendida de las fuerzas españolas situadas en Montevideo, las barrancas de San Lorenzo, por la bajada del Puerto.

Pitos y tambores tocaban a vanguardia. El capitán Zavala a la cabeza. Desplegada la bandera al centro y dos pequeños cañoncitos de a cuatro, rodando a los extremos, dirigíanse los invasores a paso redoblado y tambor batiente hacia el convento, quinientos metros distante.

No bien ascendían las últimas filas, cuando la columna toda fué paralizada como por choque eléctrico.

Detrás de las tapias del monasterio desembocaba a galope tendido un escuadrón de caballería, y voz sonora de mando se oyó, en la de San Martín, que ordenaba:

“¡A la derecha en batalla! ¡Sable en mano, carabina a la espalda!... ¡Trote... galope... a la carga!”

Y su gallarda figura descollando al frente de la primera compañía del primer escuadrón del Regimiento de Granaderos a caballo fué a estrellarse contra el enemigo que parados en la sorpresa remolinaron en las filas.

Pasado el aturdimiento, oyóse la voz del jefe: “¡A formar martillo!” Y muy luego: “¡A discreción. Fuego granado!” Rodilla en tierra, la primera fila recibió los caballos en la punta de sus bayonetas, mientras las balas de la segunda desmontaban sus jinetes.

Dividido en dos columnas iguales, el Escuadrón de Granaderos, saliendo por derecha e izquierda debían cerrar sus mitades el círculo, en el centro del enemigo, donde previno San Martín daría órdenes. Pero, teniendo que recorrer mayor distancia la segunda compañía al mando del capitán Juan Bermúdez que flanqueara mientras el jefe atacaba de frente, retardó breves momentos.

Al desembocar, mayor sorpresa fué para la infantería que suponía todo el enemigo, el ya detenido.

Aquel torbellino de acero, reflejando los rayos del sol naciente tras las verdes islas del correntoso Paraná, aparecía cual avalancha humana que se despeña, llevándose todo por delante y desbarrancando con el encuentro de sus briosos corceles de guerra los aturridos invasores.

El choque era espantoso. Ruido de sables y espuelas, fusiles agarrados por el caño, cuyas culatas se estrellaban contra las cabezas de caballos encabritados, derribando a pechadas los heridos, dominado todo por las voces de mando:

“¡A formar sólido! ¡Grupos de a cuatro contra caballería! ¡Fuego granado!”—repetía Zavala.

Y caballos disparando sin jinete, soldados arrastrándose por el pasto, culatas en alto atajando lluvia de sablazos, lamentos de caídos, gritos de lucha, choque de armas y disparos de fusilería, el fragor de la refriega a intervalos ensordecido por los estampidos del cañón, formaba todo confusión espantosa!...

II

Desde sus primeros tiros habían sido felices para los invasores. Fragmentos de metralla llegaron a herir el caballo de San Martín y al desplomarse le apretó la pierna derecha.

Reconociendo oficial en tierra, uno de los más altos granaderos españoles, sargento Almava, avanzaba a ultimarlo cuando fué alzado en la lanza de Juan Bautista Baigorria. Otros infantes se desprendieron para matarle, mientras que a pechadas hacen claro los granaderos alrededor de su jefe.

Tan cerca cayera de la línea enemiga que Zavala sospechando en él al jefe avanzó tirándole varios hachazos, de los que no pudo desviar el último, que llegó a herirle de refilón en la mejilla.

Pero el soldado Cabral, aunque ya herido, viéndole en inminente peligro, echa pie a tierra, ata a la cola de su caballo el de San Martín y así zafado arrástrale en

sentido contrario salvando con su jefe al gran Capitán de la Independencia Americana.

En cuanto pudo éste ponerse en pie, creyendo sin duda la acción perdida, gritó a sus ayudantes:

—¡Vayan a morir, cumpliendo su deber!

Otra descarga volteó varios soldados y caballos, y viendo entre el pasto nuevamente herido de un bayonetazo a quien tan heroicamente debía la salvación, ordenó a su asistente le retirara del campo. Conmovido, Cabral contestó:

—No se ocupen de mí. Somos pocos a concluir con los murrangos. Déjenme. Muero contento por haber batido a los enemigos. ¡Viva la patria!

Volvióse a oír el corneta de órdenes, y en seguida el toque de carga. El escuadrón reunido penetró como columna la columna. De su centro arrebató con la vida del porta, la bandera española, el alférez Hipólito Bouchard, y el segundo jefe que la mandaba, en el calor de la lucha, persiguiendo grupos dispersos, se desbarrancó con su caballo, muriendo días después de resulta de las heridas.

Mientras que el teniente don Mariano Necochea y el alférez don José Fernández sableaban aislados grupos por un lado, el alférez don Angel Pacheco, don Manuel Escalada (ayudante), el cadete don Pedro Castelli,

don Juan Esteban Rodríguez, los oficiales Julián Corbera y Vicente Mármoles se distinguían heroicamente por otro; y como Cabral, San Martín y Bermúdez caía herido el teniente Díaz Vélez!...

III

Gritos, ayes y vítores, todo sigue en confuso remolino, y apagados los fuegos de los dos cañones por la última carga de caballería, el combate a arma blanca se prolongó entre los criollos, quienes más diestros en el manejo del cuchillo desmontaban para hacer uso de él, y los infantes corrían por las barrancas a refugiarse bajo el fuego de sus buques, cayendo muchos al agua.

Los cañones de a bordo, tirando por elevación, ofan se en intervalos, más cual fúnebre salva del poder que allí concluía a las orillas del Plata y del Paraná, después de trescientos años de dominación, al tiempo que con las dianas de su primer victoria anunciaban los clarines de Granaderos:

“Se levanta a la faz de
[la tierra
Una nueva y gloriosa Na-
ción”

La lucha había sido desigual, y mientras el vencedor de Tacuarí y Paraguarí, capitán de artillería urbana, vizcaíno, don Juan Antonio de Zavala, a la cabeza de doscientos cincuenta hombres desembocaba con dos cañones de la escuadrilla de Montevideo, arreando de las estancias de la costa animales para el abastecimiento de la plaza sitiada de Montevideo, San Martín con sólo ciento veinte reclutas tomó la artillería, cajas y banderas, recogiendo sobre el campo cuarenta muertos, catorce prisioneros y cuarenta fusiles.

Zavala también había sido alcanzado por la lanza de Baigorria y herido en la pierna derecha, como sus dos oficiales Martínez y Márquez.

La victoria no pudo ser más completa, si bien en aquel bautismo de sangre el Regimiento de Granaderos que dió los mejores jefes de los ejércitos de la patria, al ser unido con el óleo sagrado de la victoria, contara entre catorce muertos la pérdida de los beneméritos oficiales Bermúdez y Díaz Vélez. Este fué el único prisionero, al día siguiente canjeado con dos paraguayos tomados en una pequeña embarcación que descendía el Paraná, y uno de ellos, don Félix Bogado, llegó a ser el último jefe del regimiento que grababa allí su primera página de gloria, y quien regresó después de catorce años de batallar continuo al mando de sus restos, entre los que tan sólo volvían catorce de los fundadores!

Tal el exacto relato que de viva voz de un Granadero de San Lorenzo (después general Escalada) tomó cincuenta años ha.

Pastor S. OBLIGADO.

Dib. de Peláez.

